

LA MUJER Y LA FAMILIA

Hay momentos en los que lo vanguardista no pasa por lo innovador sino por lo conservador; tiempos en los que se hace necesario dar razón de cosas que normalmente no lo necesitarían para evitar que terceros interesados triunfen en su voluntad de socavar con dudas e infamias aquello que ha sido y es de vital importancia para el bienestar de todos y cada uno.

Breve y sencillo, el tema que hace a este capítulo está justificado por uno de tales momentos.

Sociedad - (diccionario Espasacalpe, año 98)

Agrupación natural o pactada de personas o animales que constituye una unidad distinta de cada uno de sus individuos y tiene el fin de cumplir, mediante la mutua cooperación, todos o algunos de los fines de la vida.

Introducción

Como parte fundante de la pareja, siendo que como precursora de la familia la pareja es la mínima expresión de la célula social básica, la mujer juega un papel de vital importancia en cuanto a la conformación y preservación de toda sociedad; sociedad cuya única razón de ser es generar las condiciones necesarias para que cada uno de sus miembros pueda desarrollarse y progresar mas allá de lo que suponen las posibilidades de un individuo aislado.

En el tema que nos ocupa, lo más importante es entrever cómo fue que -miles de años atrás y a partir de una natural división del trabajo-, se ampliaron y reafirmaron algunos de los lugares de poder de la mujer, y cuál es el grado de incidencia que, más allá de la parición, comenzó a tener en cuanto a la organización y desarrollo generales, o sea, en qué consiste el segundo mayor de sus aportes.

El trabajo

Esfuerzo desligado de lo placentero

Sin importar de qué sociedad hablemos -y considerando que cada uno de sus miembros siempre es capaz de autoabastecerse-, lo que por sobre cualquier diferencia une a todas ellas es el hecho de que, tanto se trate de sexualidad como de productividad, la manera en que lo

masculino y lo femenino se relacionen y correspondan será la primer y más importante pauta de todo lo que, a futuro, haya de suceder.

Cuando el tema que nos ocupa es la colaboración entre machos y hembras de nuestra especie, y sin abreviar en las múltiples causales que hayan llevado a ello, lo más importante es destacar que -desde el principio mismo de las cosas- el trabajo fue algo común a todos, y que no hubo diferenciaciones entre mejores y peores ocupaciones o prestaciones porque, desde cada lugar social, cada quien en lo suyo según su mayor habilidad y capacidad, toda tarea fue entendida y asumida con naturalidad (impuestos por una expectativa común, el trabajo y la cooperación no fueron un derecho sino una obligación).

Más adelante, y recién a partir de la horda organizada -sociedad que introdujo el concepto de legalidad respecto de una pareja dada-, las obligaciones que unieron a ambos sexos fue diferente y más comprometida; días en que la convivencia comenzó a rodearse de normas y criterios hasta entonces desconocidos.

Nació la familia poligámica constituida por un hombre y tantas mujeres como pudiera reclamar con éxito para sí (aval social).

Poco después, en un esfuerzo intelectual por corregir situaciones contrarias al bienestar general, situaciones seguramente producidas por las distorsiones que trajo una hasta entonces imprevisible acumulación de poder (prestigio guerrero, saber mágico o riqueza) en manos de unos pocos que a su vez comenzaron a acaparar para sí la gran mayoría de las hembras disponibles, llegaba la pareja monogámica (únicamente contemplada para el grueso de la población masculina). Esta novedosa construcción legal forzó una serie de reglamentaciones adicionales y, particularmente, involucró al resto de la sociedad en tanto esta pasó de ser un simple espectador a controlar minuciosamente el cumplimiento de las obligaciones de un cónyuge hacia el otro, y de cada uno respecto de los hijos engendrados, incluyendo sus obligaciones como familia respecto de la comunidad en general.

No por ello debe pensarse que esto significó lo mismo para ambos, hombre o mujer; de hecho, y durante toda la prehistoria e historia humanas, si bien por momentos compartieron un mismo espacio y algunas necesidades, ninguno de ellos compartió las mismas responsabilidades u obligaciones porque, atentos a las diferencias que hacen a la psiquis de cada uno, un mismo lugar social no pudo ni podrá, jamás, existir.

De cómo las ocupaciones redefinen y amplían el rol

Al solo fin de establecer competencias claras, la nueva modalidad de intercambio que trajo consigo la pareja legal hubo de considerar seriamente las diferencias ya existentes entre uno y otro sexo, siendo que, aunque desde los tiempos de la horda primitiva y circunstancialmente, ambos se complementaron en la obtención de víveres, se hizo evidente que por cuestiones relativas a su naturaleza (dar de mamar, cuidar y alimentar a la cría), a una mejor organización de sus asuntos y de la sociedad en general, la mujer era la persona ideal para seguir ocupándose de la distribución, acondicionamiento, preparación y suministro de alimentos; razones por las que -sin que importara quién en la familia lo proveyera- ella acabó haciendo definitivamente suya esta responsabilidad (administración de los recursos básicos).

En segundo lugar, como consecuencia previsible de sus responsabilidades naturales respecto del nido, la cría y demás actividades relativas a la procura de nutrientes de fácil acceso (algo que comienza, al menos, con la primera hembra mamífera), la presencia de la mujer en el hogar y alrededores inmediatos fue una constante, por lo que también pudo y fue responsable de librar al mismo -y a sus integrantes- de aquellos parásitos, insectos y alimañas que significaban una amenaza para la salud. Es decir, desde un punto de vista sanitario siguió siendo tarea suya la limpieza y confortabilidad de “la casa y sus habitantes”, una ocupación y preocupación que siempre estuvo (y estará) asociada a la figura femenina (es por esto que la sola presencia de una mujer en casa genera expectativas al respecto, y la razón por la que ella no considera extraño o denigrante hacerse cargo de las tareas domésticas).

En tercer lugar, considerando que con el desarrollo sociocultural fueron surgiendo nuevas ideas, proyectos y expectativas, y que ese desarrollo incluyó la aparición de artesanías que influyeron notablemente en el bienestar familiar y comunal, es de ver que, en atención a su permanencia en el “hogar”, la mujer debió de tener mucha incidencia en el desarrollo de todo tipo de manualidades y técnicas afines, exceptuando lo comprendido por el campo de actividades signadas por lo masculino.

Femenino - Cestería, trenzado, tratamiento de las pieles obtenidas, molinda de granos, etc.

Masculino - Confección de armas, herramientas, instrumentos musicales, pinturas, etc.

Debe, además tenerse en cuenta que la mujer no se hizo cargo de la defensa, la caza, la guerra o el pillaje; de modo que, automáticamente, se convirtió en la persona ideal para hacer también doblemente suyas una serie de tareas necesitadas de alguien que estuviera siempre presente (cuidado de los hijos y enfermos, aprovisionamiento de leña, acarreo de agua, recolección de raíces comestibles, plantas medicinales, etc.).

Generalmente monótonas, estas fueron ocupaciones que no necesitaron de un permanente “estar alerta” o de gran concentración mental, por lo que, en general y dada la automatización de los movimientos requeridos, permitieron que las mujeres se reunieran para acompañarse, charlar y ayudarse despreocupadamente en la realización de tal o cual menester.

Esto favoreció la comunicación y con ella el progreso del lenguaje, al tiempo que incidió en lo femenino en cuanto a comprender la ventaja que trae aparejada una buena organización respecto a los tiempos y lugares necesarios para un más provechoso desarrollo de tales o cuales tareas, y apareció también, como consecuencia de esto, un sentido particular del orden en beneficio de aquellas actividades que ella entendió como de su responsabilidad.

La educación

A diferencia del macho, por estar naturalmente condicionada por objetivos largoplacistas (parición y crianza); en cuarto lugar, la mayor responsabilidad de la hembra humana es ocuparse de la educación básica de los hijos (enseña a la cría cuál es el límite aceptable de una u otra conducta, les socializa).

Por regla general, y como no podía ser de otra manera, ella engendró tantos hijos como su constitución le permitiese, pero siendo que pocos habrían de sobrevivir; a fin de preservar su material genético la naturaleza la condicionó a pensar, sentir y desenvolverse con una practicidad, pragmatismo y egoísmo más o menos marcados pero irrenunciables, y que es aquello que más caracteriza el proceder instintivo de las hembras.

En general podría decirse que, especialmente en relación con la hembra fértil o a cargo de su cría, toda especulación que no esté directamente vinculada a su propio bienestar o al bienestar de la

progenie (alimentación, seguridad, entorno social y participación), en principio carece de interés. Justamente esto es lo que, en parte, mejor puede explicar por qué todo el desarrollo técnico y científico ha sido prácticamente producto exclusivo del pensamiento masculino, y por qué la pareja que, a fin de procrear, selecciona una mujer, está sumamente condicionada por algo tan innoble como es el sentido de la conveniencia.

(2)

Como lo señalé, el conjunto de menesteres que la ocuparon exigió, en general, mucha voluntad y paciencia, y por estar vinculada emocionalmente de una manera muy especial e intensa con sus crías, ante la reiterada presencia de la muerte debió también enfrentar la pérdida con demasiada frecuencia, por lo que, en este terreno, la carga de sus angustias fue muy superior en ella que en el hombre.

Este sufrimiento templó su espíritu, reafirmó y redujo aún más su percepción de “lo importante” concentrando su atención, aún más, en torno a aquello que diera lugar a sus mayores y más inmediatas preocupaciones: los hijos.

Así, dedicó a ellos gran parte de su tiempo, y cuando en razón de una reorganización de las estructuras sociales y un cierto progreso material, la vida y convivencia de los integrantes de la familia se prolongó, la atención de que sus hijos fueron objeto fue también más prolongada e intensa. A su vez, el desarrollo de la inteligencia a la par de un lenguaje más sofisticado permitieron una mayor y mejor comunicación, lo que afianzaría aún más aquellos vínculos naturales entre madre e hijo.

La mujer entonces, permanentemente presente durante el desarrollo de los pequeños siempre fue la representante natural de los mismos, por lo que, ante conflictos o necesidades de la vida diaria, sería también la mediadora ideal (la primera y mayor, si no única, persona de confianza).

Como ocurre en muchas otras especies, parte de la tarea materna consiste en jugar con las crías. Esto favorece enormemente la comunicación -identificación- entre madre e hijo, así como la multiplicación y desarrollo de numerosas conexiones neuronales en el infante.

Rol socializante, aglutinador

Su participación directa y decisiva en el hogar, su permanente

presencia, reafirmaron la percepción que trasciende a la madre para convertir a la mujer en el eje central en torno al cual se relacionaron los distintos integrantes de la familia.

Por ser para sus hijos el referente más confiable (siempre parcial y a su favor), al reconocerle autoridad al padre ella le eleva por sobre sí misma dando cuenta, ante sus hijos, de la importancia de aquél; razón por la que las normativas y usos que él (la ley) les imponga serán respetadas e incorporadas; serán “ciertas”.

A través de la madre los hijos se comunican con el padre y éste con ellos; o sea, sin su activa presencia toda familia se desmorona.

En pocas palabras, fue la mujer quien mantuvo e hizo (hace) posible la unión de todo el sistema; su persona aseguró la cohesión al tiempo que acabó de definir y perpetuar las áreas de responsabilidades inherentes a cada uno (roles), haciendo que el concepto de familia se extendiese mas allá de lo que permite imaginar la naturaleza de la misma.

Nota

El padre educa a los hijos en función de sobrevivir y triunfar en un “afuera” desconocido, competitivo, hostil y normatizado por lo masculino.

Se da, entonces, que cuando a los ojos de sus hijos el padre aparece como un masculino poco valioso (maltratado, desconsiderado o prácticamente abandonado por la esposa) y si no hay figuras familiares que puedan reemplazarlo apropiadamente, los valores, estatutos y normativas con que se maneja la masculinidad no serán recibidos ni respetados más que marginalmente.

Los hijos varones serán mayormente varones “flojos”, y las hijas crecerán con una imagen tan devaluada de lo masculino que les impedirá establecer relaciones firmes, agradables y duraderas (los hombres no les inspirarán verdadero interés ni respeto si no es por intermedio de toda suerte de maltrato).

En estos casos, y únicamente si se está en presencia de instituciones fuertes (representativas del macho líder) pocas cosas podrán quizá rescatarse y transmitirse, a saber: nacionalismo y voluntad de trabajo.

Más adelante en la historia

El tiempo de que dispuso -o la posibilidad de distribuirlo como mejor le pareciera- permitió a la madre no solo estar sino salir con sus hijos, visitar a los tíos, abuelos, primos, etc., y organizar reuniones que hicieron a la unidad familiar y vecinal (amplió y circunscribió en mucho el sentido de pertenencia social inmediata).

Así, como vehículo de la civilización, su persona resultó ser (y es)

el mayor si no el único elemento que hizo y hace posible encarar una masiva socialización de la comunidad.

Como ya señalara, por ser la base y el eje de todos los lazos afectivos que hacen al grupo familiar, sea real o virtual, la ausencia de la mujer en el hogar desune y desestabiliza, al tiempo que compromete el equilibrio emocional y el buen hacer general de cada uno de sus miembros; esto es, cuando ella no está o casi no está:

a) el referente femenino que ella es para sus hijos se devalúa, en tanto no responde a las expectativas más íntimas de los niños; consecuentemente, todo lo que pretenda enseñarles se tornará relativo o dudoso. Como representante de lo femenino universal -y solo por citar una posibilidad- hará que, en un futuro, a sus hijos varones toda mujer les resulte poco confiable y valiosa;

b) produce un significativo deterioro de las relaciones internas de la familia (no media ni conecta, el sentido de mutua pertenencia se debilita y relativiza);

c) incide negativamente en la relación de los integrantes del grupo familiar con el afuera;

d) el hogar comienza a transformarse en un sitio donde las personas comen, duermen y hablan, pero que en el sentido más puro no conviven ni se comunican; una suerte de “pensión de confianza”;

e) el esposo, un hombre que, por lo dicho en su oportunidad y por no tener opción, espera encontrar en la convivencia con su mujer un reflejo del ámbito en que se desarrolló su infancia, se sentirá traicionado, defraudado;

f) no se podrán transmitir eficazmente los usos, costumbres y preferencias de la cultura a la que todos pertenecen (pérdida de identidad).

Esta responsabilidad suya respecto de la familia que ha formado (estar presente) es intransferible, porque únicamente ella puede ser tan significativa para el grupo familiar.

Por otra parte, y en consideración al discurso de la época, debo decir que la gran importancia de su quehacer doméstico (tradicional) no está precisamente dada por la tarea que realiza sino por aquello que trasciende como un acto de amor y solidaridad, y es esto lo que finalmente le enaltece, dignifica y valoriza por sobre cualquiera otra actividad o logro (tanto para los suyos como para la sociedad es más importante una buena madre y esposa que una madre y esposa cuasi ausente pero que gane dinero).

Es así como, renunciar a tales responsabilidades en bien de una

libertad personal mal entendida debe de considerarse más como un acto de sabotaje que como una acción revolucionaria.

Al menos, tal actitud lleva a dudar sobre su lealtad hacia el grupo al que pretende pertenecer y del cual espera obtener reconocimiento, a pesar de conspirar contra sus intereses mayores.

La perversión progresista

Cuando psicólogos, sociólogos, políticos, comunicadores sociales, feministas y resentidas entusiasman a las amas de casa o a las futuras madres hablándoles de crecimiento personal, de espacios propios, etc., ha de notarse que por más complacientes y esperanzadoras que suenen sus palabras, lo que en realidad les están diciendo es que deben y solo pueden “crecer” a costa de los suyos, lejos de los suyos.

No he sabido que se les plantee crecer a partir de dedicarse más a los suyos o de enriquecer la mente y el espíritu leyendo, escribiendo o aprendiendo cosas útiles sino todo lo contrario; o sea, al crecimiento y realización personales solo se los visualiza en relación con el trabajar fuera de la casa, ganar dinero, prestigio y “conocer gente nueva” (esto último llega a aquella que escucha confiada y desprevenida como un velado permiso profesional para iniciarse en la infidelidad o la promiscuidad).

Por otra parte, cabe preguntarse si cuando se habla de trabajar y ganar dinero la referencia es un muy buen trabajo y mejor salario; porque es impensable y hasta ofensivo sugerir que una mujer pueda sentirse “realizada” con el pobre sueldo y muy aburrida labor de una empleada de tienda o de una cajera de supermercado (limpiadora, vendedora, secretaria, recepcionista, telefonista, volantinera, camarera, asistente, vendedora telefónica, etc.), porque aunque hayan obtenido un título universitario, estos son los trabajos que obtendrá la mayoría. ¿Es que acaso quienes así predicán, simplemente se burlan de aquellas a quienes dirigen tales mensajes? ¿Tanto desconocen qué es y quién es una mujer, o no les importa?

Asimismo, sin hacer ninguna referencia a lo que verdaderamente significa sentir amor por el otro, se dan argumentos francamente pueriles para explicar la ruptura de las parejas diciendo, por ejemplo: que como hoy día se vive más que antes, cansarse del cónyuge es solo una cuestión de tiempo, algo previsible (por este medio -uno de tantos- se alientan y justifican las separaciones y los divorcios).

También, a las chicas jóvenes se las confunde haciéndoles pensar que tener numerosas experiencias sexuales será importante a la hora de formar una pareja estable, porque para entonces habrán aprendido

mucho de ellas mismas y de los hombres; de modo que, llegado el momento y según este discurso, la convivencia será más fácil. Nunca he escuchado decir lo contrario; esto es, que salir de vez en cuando con alguien no sirve para nada a la hora de practicar la convivencia, y que lo mismo puede afirmarse respecto de lo sexual, porque toda experiencia sexual es única y ninguna pareja se repite.

Preguntémos: ¿Por qué ninguno de quienes así hablan se preocupa porque se promulguen leyes que afecten a las empresas, privadas y estatales, a fin de permitir a las madres trabajar fuera de la casa sin por ello tener que abandonar a los suyos (horarios reducidos)?

¿Por qué no se impulsan leyes para que, luego de que una mujer dé a luz, el empleador esté obligado a conservar el puesto de trabajo durante cuatro años y, luego, hasta que el hijo cumpla catorce años permita que, si así lo deseara, la mujer cumpla un horario no mayor de cuatro horas diarias?

Véase que también se apela al término “crecer”, y todo lo que este implica (modernidad), para orientar en sentido contrario a cualquier mujer joven y deseosa de formar una familia.

El motivo principal es lograr que posterguen todo compromiso de pareja y la maternidad misma hasta bien entradas en años; obviamente, cuidando de no mencionar las importantes y negativas consecuencias que tarde o temprano habrán de afrontar por hacer tal.

Asimismo y maliciosamente, se las lleva a confundir el ser sexualmente deseables con el continuar siendo jóvenes; asociación absolutamente tramposa pero que, por coincidir con el íntimo deseo de ser inmune a los años, resulta muy agradable y aceptable. Esto les lleva a pensar que en tanto sean deseables serán jóvenes y que, en atención a ello, disponen de todo el tiempo del mundo para realizarse como madres y esposas.

Al respecto vale mencionar que, al decir esto, en ningún momento se hace referencia a qué tipo de madres y esposas podrán ser en su veteranía, ni que el “crecer” en la forma que se les propone generará en ellas dependencias emocionales refundacionales que, a la hora de formar una familia, competirán en pie de igualdad con aquellas que esa familia pudiera generar naturalmente (emocionalmente vivirán entre dos mundos, por lo que jamás habrán de sentirse a gusto).

También se les asegura que podrán encontrar al hombre de sus vidas cuando así se lo propongan, siendo que, pasados los años y apuradas por un envejecimiento que a duras penas y solo por momentos podrá disimularse, lo único que encontrarán será un hombre cualquiera y no aquel con quien quizá pudieron haber sido felices pero que ya no

está, o ha dejado de interesarse por ellas porque no tuvo verdadera oportunidad de hacerlo.

*

Buena parte del problema social que, sin duda, plantea la mujer trabajadora y con hijos, no radica en el hecho de que sea medianamente independiente, sino en que para poder hacer tal ha de ausentarse durante muchas horas del hogar, con lo que le resultará imposible ocuparse con propiedad de sus deberes y obligaciones generales (no estar ni hacer cuando y donde más se la necesita).

Valga repetirlo: el padre u otra mujer no pueden ocupar su lugar desde que, para los hijos, la ausencia de la madre es vivida como una suerte de desmembramiento de su identidad (ciertamente no morirán, pero tampoco podrán desarrollarse emocionalmente en las circunstancias más favorables).

Información

La comunión sensorial del feto con la madre permanece, luego del parto y para siempre, en el subconsciente (ya en el vientre materno el feto reconoce la voz y participa de los estados de ánimo de quien será su progenitora). Junto a expectativas inconscientes, tal identificación le condiciona para luego confiar en ella como en ninguna otra persona, así como para esperar un trato bondadoso y preferencial (obsérvese que cuando a los niños les duele algo, se sienten mal o tienen miedo gritan por la madre y no por el padre; algo que se repite entre soldados gravemente heridos en el campo de batalla).

Aunque con el tiempo disminuya en intensidad, toda separación de la madre durante la infancia será vivida como una pérdida grave que, quiérase o no, tendrá consecuencias negativas y muy significativas en la vida adulta.

¡Disparen sobre las amas de casa!

A los efectos de una organización social sana, sea por los afectos y expectativas que convoca como por los intereses que más la movilizan, la mujer tradicional es infinitamente más importante que el hombre.

Cuando vemos con qué saña se niega, ridiculiza, minimiza o descalifica la importancia y el valor de la mujer en el hogar, cómo

se denigran premeditada y alevosamente sus proyectos de familia o el cúmulo de actividades que realiza en función del bienestar de los suyos, debe tomarse conciencia de que ello no tiene otro propósito que avergonzarla para, así, montándose en la culpa que le hayan logrado generar poder acusarla de lo que sea sin que ella pueda atinar a defenderse (“no tiene ambiciones, es antigua, pacata, sometida, desperdicia su vida... dirán”).

En otras palabras, el objetivo central del discurso de la modernidad es el de alejarla de sus responsabilidades y convicciones tradicionales en aras de instrumentar la desestabilización de la pareja y la familia, generando así un gigantesco caos emocional y proyectual en el seno mismo de toda la organización humana (destruir desde el interior).

Tanto se ha trabajado al respecto que hoy, en tono de advertencia y con un visible afán de hacer pasar lo mejor por lo peor, se dice (psicología-sociología) que las parejas muy unidas, aquellas en las que cada integrante verdaderamente ama al otro (mutuo identificarse), “son uniones simbióticas que pueden dar lugar a conductas psicóticas o autodestructivas”; o sea, no conviene y es peligroso amar a alguien (según esta gente, lo aconsejable es sentir apenas el afecto o la simpatía necesarios para poder convivir).

Si el hablar peyorativamente de la mujer tradicional proviene de un par no profesional, esto puede deberse a que quien lo hace es alguien que ha sido captado por el discurso oficial; pero tras ello también pueden esconderse oscuras envidias, la intención de auto-eximirse de culpas recurrentes ante diversos fracasos (en relación con la intención de llevar una vida tradicional), o hasta funcionar como excusa ante el temor de no ser capaz de asumir con éxito lo que se sabe que la sociedad, y los hombres en particular, verdaderamente esperan de una mujer.

Tan hondo ha calado el discurso oficial sobre la necesidad de que toda mujer trabaje fuera y postergue la reproducción que, normalmente, no llama a sospecha el hecho de que sean aquellas que no tienen (y quizá nunca consigan tener) su vida afectiva, reproductiva o económica resuelta quienes, hasta con aires de superioridad, más critiquen y parezcan compadecerse de aquellas otras que, llevando una vida tradicional, viven contentas, satisfechas y tranquilas en el hogar que han sabido forjar merced a su amor, empeño e inteligencia.